

DEBATE

SOBRE EL RUIDO Y LAS NUECES. COMENTARIOS AL ARTÍCULO “LA REPRESENTACIÓN DEL ATRASO: MÉXICO EN LA HISTORIOGRAFÍA ESTADOUNIDENSE”*

Sandra KUNTZ FICKER**

El Colegio de México

EL ARTÍCULO DE SAN MIGUEL prosigue un debate que ya ha cubierto muchas páginas entre los representantes de dos visiones diametralmente opuestas de la historia como disciplina: aquella que la concibe como un ejercicio narrativo que no puede aspirar a la objetividad, y aquella que la entiende como parte de las ciencias sociales. El autor toma como punto de partida las propuestas de la llamada Nueva Historia Cultural (NHC) para evaluar las realizaciones de la historiografía económica estadounidense acerca de México. El artículo es bienvenido sobre todo porque, pese a versar acerca de México, la mayoría de los participantes en esta controversia han sido hasta ahora historiadores de Estados Unidos. Además, encuentro muy saludable que en un medio frecuentemente reacio a la polémica, como el de los historiadores mexicanos, se ventilen asuntos que invitan al intercambio de ideas y a la discusión. En este ánimo, acepto con gusto la invitación de *Historia Mexicana* y ofrezco algunos comentarios que me ha sugerido la lectura.

* Artículo de Pedro L. San Miguel publicado en *Historia Mexicana*, LIII:3(211) (ene.-mar. 2004), pp. 745-796.

** Deseo agradecer los comentarios acerca del texto que recibí de amigos y colegas, particularmente los de Paolo Riguzzi. La responsabilidad por lo que aquí se dice es, por supuesto, enteramente mía.

EL BLANCO DE LA CRÍTICA

Es posible que los lectores de *Historia Mexicana* se hayan quejado de la excesiva amplitud de los títulos que los historiadores solemos poner a nuestros artículos, pero en este caso creo francamente que habría sido de ayuda mayor especificación. El título que comentamos anuncia un análisis de la historiografía estadounidense acerca de México, pero pronto se nos informa que en realidad se trata sólo de las obras referentes a la historia económica. Si uno avanza un poco más en la lectura nota que el cuerpo del artículo refiere solamente a dos autores, y que en realidad se concentra en las ideas de uno de ellos. Esta imprecisión no se limita al título del artículo, ni tiene como única finalidad la de la encomiable brevedad, sino que en realidad se despliega a lo largo de todo el texto como un recurso que le permite a San Miguel moverse a placer de las ideas de un autor a las de una corriente historiográfica (la Nueva Historia Económica) y a las de una disciplina entera (la historia económica), para terminar calificando a la "imaginación histórica" de un país (Estados Unidos) acerca de México y hasta de América Latina en su conjunto. En algunos momentos la crítica se extiende hasta tocar a toda la llamada "historia normal" (p. 774), lo cual se justifica, supongo, en la medida en que la historia económica representaría sólo una versión agudizada de las pretensiones objetivistas de aquélla.

Por cuanto el autor se refiere específicamente a dos representantes de la Nueva Historia Económica (NHE), podría pensarse que en realidad es esta corriente la que motiva su interés. A ella le atribuye algunas de las faltas más severas: el reduccionismo de los fenómenos históricos a meros indicadores económicos, la indiferencia frente a las implicaciones sociales de éstos (p. 781), los "feroces ataques" contra la teoría de la dependencia (p. 750). Lo que es más, la acusa de imponer un "discurso salvífico" (p. 778) que glorifica el desarrollo económico y convierte a Estados Unidos en el modelo que los países atrasados de América Latina debieran imitar (p. 779), el espejo "para auscultar su rostro deforme" (p. 762). Sin embargo, muchas de sus críti-

cas se extienden por igual a la historia económica (¿estadounidense?) en general, la cual, según afirma, “se convirtió en la punta de lanza de ese anhelo decimonónico de convertir a la historiografía en una ciencia” (p. 748). Según San Miguel, los historiadores económicos, viejos o nuevos, recurren a la economía y la estadística para conferir credibilidad a sus afirmaciones, y, “camuflados tras los números, las tablas y las gráficas”, asumen acriticamente “la transparencia de sus pruebas” (p. 751).

Sea cual fuere el blanco específico de estos juicios, de inmediato surgen ciertas dudas acerca de su pertinencia, aunque sólo sea porque el artículo ofrece una muy pobre cobertura de autores y hace poca justicia a la diversidad de enfoques, corrientes e interpretaciones que ofrece la historiografía económica de Estados Unidos acerca de México. Muchos historiadores económicos de ese país, pese a hacer amplio uso de la estadística y la economía, son ajenos a la NHE,¹ y algunos se inclinan por un acercamiento más convencional o cualitativo a los problemas de la historia económica.² Los hay que, lejos de reducir el análisis a indicadores cuantitativos representados en cuadros y gráficas, en sus estudios de historia económica ofrecen un denso entramado social y político.³ Los hay críticos del imperialismo estadounidense, opuestos al paradigma de la modernización económica, y hasta cercanos a la NHC.⁴ A riesgo de incurrir en

¹ Pienso en Richard Salvucci, Herbert Klein y John TePaske, entre otros. Véase SALVUCCI, 1991, aunque podrían mencionarse también obras que tienen un acercamiento más cualitativo, como SALVUCCI, 1992. En cuanto a Klein y TePaske, pienso en su trabajo clásico, KLEIN y TePASKE, 1982.

² Es el caso de Robert Potash y Alex Saragoza, entre muchos otros. Véanse POTASH, 1983, y SARAGOZA, 1988.

³ Los ejemplos más notables son probablemente Eric Van Young y David Walker. Véanse VAN YOUNG, 1981 y WALKER, 1986.

⁴ En el primer caso pienso en Jonathan Brown, y en el último, en Gilbert Joseph. Entre los trabajos de Joseph en los que se deja ver una perspectiva de historia económica se encuentran JOSEPH y BRANNON (coords.), 1991 y JOSEPH y WELLS, 1996. Por otra parte, sus inclinaciones por la NHC son evidentes en JOSEPH y NUGENT (coords.), 1994. Véase BROWN, 1993.

omisiones lamentables, la lista de los académicos estadounidenses que han publicado trabajos de historia económica de México debería ampliarse para incluir al menos a Marvin Bernstein, Margaret Chowning, Roger Hansen, Robert Holden, David Pletcher, Clark Reynolds, Barbara Tenenbaum, Steven Topik, Mark Wasserman, Allen Wells, James Wilkie y, en una línea más cercana a la NHE, a historiadores más jóvenes como Edward Beatty y Noel Maurer.⁵ Salvo por la mención de tres de los autores referidos, esta riqueza es del todo ignorada en el artículo que nos ocupa.

En cambio, San Miguel concentra su atención en dos "figuras emblemáticas" de la NHE: Stephen Haber y John Coatsworth. El primero de estos autores es un practicante de la NHE, pero difícilmente podría decirse que en sus trabajos se ha operado un reduccionismo que desconozca las variables sociales y políticas del acontecer histórico, o que haga de la cuantificación el único recurso de construcción del conocimiento.⁶ De hecho, en su libro más reciente Haber construye una compleja trama de análisis económico, político e institucional que se plantea como problema central hasta qué punto el crecimiento económico es posible dentro de un marco de inestabilidad política, y cuáles son las implicaciones de una situación de esta naturaleza.⁷

El segundo autor es, en efecto, uno de los pioneros en la aplicación de métodos econométricos al estudio de la economía mexicana, a lo cual es preciso agregar que, pese a gozar de una influencia indiscutible, sus contribuciones sobre el tema datan de la década de 1970 y, hasta donde sé, no ha publicado trabajos sobre la historia económica de México desde finales de los años ochenta.⁸ Pero John

⁵ Omito en esta lista el respetable número de investigadores que dedicaron su tesis de doctorado a estudios de este tipo, así como a los historiadores de campos distintos a la historia económica que alguna vez han incursionado en esta especialidad.

⁶ Véase HABER, 1989; o también HABER, 1992, artículo que, por cierto, incluye algunas cifras, pero ningún cuadro o gráfica con material cuantitativo.

⁷ HABER, RAZO y MAURER, 2003.

⁸ El libro que introdujo la cliometría al estudio de la historia de Méxi-

Coatsworth es un representante atípico de la NHE, cosa que pasa por alto el artículo que nos ocupa. Su obra más importante referente a México no se desentiende de los efectos no económicos de la expansión ferroviaria; por el contrario, dedica todo un capítulo a estudiar el cambio en el equilibrio agrario del país, con especial atención al proceso de “usurpación de la tierra indígena”, al que por cierto no otorga una valoración positiva por sus efectos modernizadores.⁹ Lo que es más, Coatsworth contradice flagrantemente la tesis de Pedro San Miguel según la cual los seguidores estadounidenses de la NHE que estudian la historia latinoamericana “han emprendido feroces ataques contra las tradiciones dependentistas prevalecientes en América Latina” (p. 750). De hecho, el libro de John Coatsworth sobre México es justamente un híbrido de ambas cosas: Nueva Historia Económica y dependentismo. La conclusión de este autor sobre el impacto económico de los ferrocarriles no puede ser más elocuente en este sentido:

co es COATSWORTH, 1976, cuya versión en inglés es COATSWORTH, 1981. La edición, corregida y aumentada, que se utiliza aquí, es COATSWORTH, 1984. Sus otros trabajos dentro del campo consisten en una serie de artículos publicados originalmente entre 1975-1989 y recopilados en COATSWORTH, 1990. El único trabajo reciente que se refiere a la historia económica de México es una ponencia que compara el desempeño económico de México y España (véase John. H. Coatsworth y Gabriel Tortella: “Economic Growth and Backwardness: Mexico and Spain”, en Seminario Internacional *Desarrollo económico comparado, México-España, siglos XIX y XX*. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas-El Colegio de México (4-6 de julio de 2001). En los últimos quince años, las publicaciones de Coatsworth se han concentrado en otros países latinoamericanos o en América Latina en su conjunto, y, además de la historia económica, abarcan temas de índole política, social y cultural.

⁹ COATSWORTH, 1984, capítulo 6. De hecho, como San Miguel menciona, el autor dedica un artículo al tema de la concentración de la tierra y la protesta rural resultantes de la construcción ferroviaria: COATSWORTH, 1974. Curiosamente, San Miguel se refiere a estos pasajes de la obra de Coatsworth sin modificar su opinión de que los seguidores de la NHE se desinteresan de las implicaciones y efectos sociales de los procesos económicos.

Los ferrocarriles mexicanos ciertamente tuvieron un papel crítico en el crecimiento de la economía porfirista, pero el crecimiento que indujeron estaba tan torcido como la composición de la carga que acarrearán. Los beneficios directos del desarrollo ferroviario se los apropiaron sobre todo los dueños extranjeros de la industria minera.¹⁰

Contra lo que cabría esperar, para demostrar esta idea de claro corte dependentista Coatsworth recurre a técnicas econométricas tomadas de la NHE, lo cual sugiere que éstas no están indisolublemente ligadas al paradigma de la teoría económica neoclásica. No hay, en suma, posiciones unánimes ni adscripciones rígidas a un paradigma entre los historiadores económicos estadounidenses que se ocupan de México.¹¹

EL PROBLEMA DE LA OBJETIVIDAD

La historia produce cuerpos de enunciados "científicos", si uno entiende por eso "la posibilidad" de establecer un conjunto de reglas que permitan "verificar" las *operaciones* adecuadas para la *producción* de objetos determinados. [...] Definir de esta forma la "cientificidad" de la historia, entendida como la mejor adecuación posible a la realidad referencial pretendida, no equivale a negar su naturaleza fundamentalmente narrativa, ni a concebir el saber histórico como un conocimiento instalado dentro del "paradigma de Galileo" que es el de las ciencias matemáticas.

ROGER CHARTIER¹²

Pedro San Miguel acusa a la historia económica de que, asumiendo "el cientificismo de su quehacer", no se plantee "lo que se ha llamado el 'problema de la representación',

¹⁰ COATSWORTH, 1984, p. 139.

¹¹ Igualmente inesperado le resultará a San Miguel saber que la mayor parte de las críticas a la tesis dependentista de Coatsworth sobre el impacto de los ferrocarriles en la economía se ha originado en México. Véanse RIGUZZI, 1995; KUNTZ, 1995, y KUNTZ y CONNOLLY, 1999.

¹² CHARTIER, 1994, pp. 241-242.

es decir, la pretensión del saber occidental de poder reflejar fielmente la 'realidad'" (p. 750). Ello depende de qué entendamos por plantearse este problema. Los historiadores (económicos o no) enfrentan y tratan de resolver a lo largo de todo el proceso de investigación, problemas asociados con la relación entre su objeto de estudio y las afirmaciones que hacen acerca de él. Se trata de dificultades técnicas relacionadas con la búsqueda y recopilación de documentos y otra clase de evidencia empírica; de problemas metodológicos asociados con la valoración de la calidad de las diversas fuentes, con la contrastación entre ellas, con su contextualización; de cuestiones teóricas referentes al marco interpretativo más apropiado, a las hipótesis más consistentes y a la explicación más adecuada para un fenómeno determinado. Al hacerlo, están conscientes de que sus fuentes son siempre necesariamente fragmentarias, de que los sujetos que las produjeron se encontraban en una situación objetiva particular y poseían intereses, valores, creencias y aspiraciones derivados de su condición y de su subjetividad, etc. Los historiadores saben todo eso, y asumen entonces que la representación que obtengan a partir de la evidencia documental disponible no es idéntica al objeto, pero aspiran a acercarse a él lo más posible, a ofrecer explicaciones cada vez mejores, a develar aspectos que han escapado a la mirada de otros historiadores.

Pero San Miguel no se ocupa de las pequeñeces técnicas, teóricas y metodológicas en que se traduce el problema de la representación. Por lo que se desprende de sus ironías y de algunas piezas del argumento, para él, plantearse este problema significa asumir sin más que "una 'historia' es un 'artefacto literario' cuyos contenidos son tanto encontrados como imaginados" (pp. 746-747) y renunciar de antemano a generar "un saber pretendidamente objetivo" (p. 746). Tales afirmaciones suscitan varias inquietudes. Primero, el énfasis en el componente literario de la narración histórica coloca en un segundo plano el problema de su veracidad, que sin embargo, es crucial para el historiador.¹³ Pese a

¹³ "Hay cierta tensión entre la tarea argumentativa y justificatoria y el

tener una forma narrativa (que comparte con muchas otras disciplinas científicas), la historia no es literatura, y su propósito central no es la creación de un producto bello. En este sentido, sus reglas no son las del género literario, ni su punto de referencia es “el placer del historiador”.¹⁴

Segundo, la idea de Pedro San Miguel de que este “artefacto” tiene componentes encontrados e imaginados sugiere que el historiador puede jugar con la evidencia, desprenderse, al menos en parte, de ella y dar rienda suelta a la imaginación. ¿Al menos en parte? Pero, ¿en qué parte? Según esta visión, ¿cuánto de encontrado y cuánto de imaginado consiente este artefacto para seguirse llamando historia? Porque en las posturas posmodernas hay ciertamente un grado (variable o meramente indefinido) de desprendimiento respecto a los datos y la evidencia empírica que apunta a liberar a la imaginación del constreñimiento que aquéllos imponen. “*The past is a place of fantasy*”, escribe Hayden White en el encabezado de una entrevista,¹⁵ denotando su intención de “representar a la imaginación histórica como libre —como si tuviera ‘los hechos’ completamente a su disposición”.¹⁶ Pues bien, este desprendimiento respecto a los datos contradice violentamente el propósito y el oficio del historiador, que consiste en sujetar la interpretación histórica a los límites impuestos por la evidencia empírica.¹⁷ En palabras de Ricoeur, “el recurso a los documentos establece una frontera divisoria entre la historia y la ficción”.¹⁸ O, como explica Momigliano:

espíritu de producción estética: verdad y belleza no siempre coinciden.”
DOMAŃSKA, 1998, p. 4.

¹⁴ Paráfrasis de la crítica que Michel de Certeau dirige a Paul Veyne por “tritular los sistemas interpretativos hasta convertirlos en una polvareda de percepciones y de decisiones personales”. CERTEAU, 1993, p. 71.

¹⁵ DOMAŃSKA, 1998, p. 13.

¹⁶ DRAY, 1992-1993, p. 17.

¹⁷ “¿Cómo pensar en la historia sin casi nunca hacer referencia a las operaciones propias de la disciplina: interpretación y procesamiento de datos, producción de hipótesis, verificación crítica de resultados, validación de la coherencia y de la plausibilidad de la interpretación?” CHARTIER, 1994, p. 241.

¹⁸ RICOEUR, 1995, p. 183.

Naturalmente los historiadores discutimos acerca de la validez, o por lo menos acerca de los límites de eficacia, de los distintos instrumentos que están a nuestra disposición. Pero lo que tiene de distinto, finalmente, la escritura histórica respecto de cualquier tipo de literatura, es el hecho de estar atendida al control de los datos. La historia no es épica, la historia no es literatura narrativa, la historia no es propaganda, porque en estos géneros literarios el control de los datos es facultativo, y no obligatorio.¹⁹

En tercer lugar, por cuanto el recurso a los documentos mantiene al historiador constreñido, atado, por lo que alguna vez fue, más allá del tono sarcástico con que San Miguel lo dice, la historia posee pretensiones legítimas de objetividad, entendida ésta como “la mejor adecuación posible a la realidad referencial pretendida”.²⁰ Nadie ignora los obstáculos y las limitaciones que dificultan el logro de ese propósito. Pero en la Nueva Historia Cultural y la epistemología posmodernista que subyace a ella, frecuentemente se han invocado estas limitaciones “como ‘justificaciones’ para descartar la recopilación de datos, para descartar ciertas guías heurísticas para la teoría, para abandonar las técnicas cuantitativas, o rechazar los intentos de formular explicaciones con rango de ley”.²¹ Tiran al niño con el agua sucia, y al hacerlo se apartan de los principios y las prácticas que orientan el quehacer del historiador. Entre otras cosas, estos principios establecen que en el campo de la historia, independientemente de las dificultades técnicas en la búsqueda y recopilación de materiales, de la selectividad de las fuentes, de las limitaciones teóricas, y de cualquier otra circunstancia que pugne contra la reconstrucción y explicación de los hechos del pasado, “siempre preservamos el derecho de distinguir entre historias que son verdad de historias que son inventadas”.²² Y pese a que la completa objetividad sea una meta inalcanzable, el avance y la acumulación

¹⁹ MOMIGLIANO, 1992-1993, p. 5.

²⁰ CHARTIER, 1994, p. 241.

²¹ D'AMICO, 1992, p. 142.

²² WINDSCHUTTLE, 1997, p. 230.

de conocimientos asegura el logro de mejores explicaciones, aproximaciones más cercanas, interpretaciones que vencen a sus rivales en la calidad de su acercamiento a la realidad.²³

Como se habrá notado, los argumentos expuestos hasta aquí no constituyen propiamente una respuesta desde la historia económica (vieja o nueva) a las críticas que se le dirigen desde la Nueva Historia Cultural. La razón de ello es que estas críticas, de raíces profundamente relativistas y subjetivistas, amenazan por igual a la historia económica que a cualquier otra forma de escribir historia tal como la entendemos convencionalmente dentro del marco de la disciplina, y por supuesto a la que se concibe dentro del campo de las ciencias sociales. Bien vista la cosa, al rechazar de bulto la búsqueda de la verdad como imperativo del historiador, la posibilidad de alcanzar cierta objetividad en la explicación de los fenómenos, la sustentación teórica de las afirmaciones, el recurso disciplinado a la evidencia empírica y la posibilidad de verificarla, se atacan “*todas las formas de escribir historia en la modernidad*”. Aún más:

A fin de cuentas, la descalificación de los metarrelatos no constituye únicamente una crítica de la modernidad, sino de toda la tradición cultural de Occidente, tradición en la que la modernidad no es sino una etapa. [...] La descalificación postmoderna a la escritura de la Historia (con H mayúscula) se extiende necesariamente a la de la historia (con h minúscula); es decir, constituye una crítica y una descalificación a “*todos los tipos*” de escritura de la historia propios de la modernidad [...]²⁴

En este sentido, independientemente de las peculiaridades de la historia económica, del debate pertinente sobre

²³ Desde una postura consensualista, Jeffrey Alexander afirma: “uno de los más claros logros de la vida intelectual de Occidente y, más recientemente, de la vida intelectual moderna, ha sido crear un mundo de afirmaciones observacionales que la mayoría de los practicantes en algún punto dado en el desarrollo de sus disciplinas reconoce como poseyendo un estatus impersonal”. ALEXANDER, 1992, p. 349.

²⁴ VERGARA, 2000, pp. 66, 69 y 72.

sus métodos y el alcance de sus resultados, la defensa de este campo de la investigación histórica frente a los ataques de las visiones posmodernas constituye una defensa de la legitimidad de la investigación histórica. De no entenderse así resultaría, como sugiere con suave ironía Eric Hobsbawm, que en la medida en que todo intento de descripción antropológica, histórica o etnográfica “acepta la ‘verificabilidad de los hechos’ no puede ni siquiera evitar totalmente la terrible acusación de ‘positivismo’”.²⁵

Permítaseme terminar este apartado con un comentario acerca de la manera un tanto confusa en que Pedro San Miguel presenta las distintas posturas en torno a la cuestión de la objetividad. Como nos recuerda el autor, Stephen Haber acusa francamente a los representantes de la NHC de adoptar una “epistemología fuertemente subjetivista” que los lleva a dudar seriamente de la posibilidad de “separar lo que en realidad sucedió en el pasado de sus propias subjetividades e identidades presentes”.²⁶ Aunque, como bien aprecia Alan Knight, las declaraciones de los nuevos historiadores culturales sobre el tema no deslumbran por su claridad, existe evidencia abundante para justificar esta acusación.²⁷ Baste para ello recordar aquí algunas afirmaciones de Hayden White, uno de los autores en que se sustenta el artículo de San Miguel:²⁸

Cuando se trata de elegir entre estas visiones alternativas de la historia, las únicas bases para preferir una sobre otra son *morales* o *estéticas*.²⁹

En general, ha habido una resistencia a considerar las narrativas históricas como lo que son en forma más manifiesta:

²⁵ HOBBSAWM, 1998, p. 199.

²⁶ HABER, 2001, pp. 13-14. La versión original de este artículo es HABER, 1999.

²⁷ KNIGHT, 2002, p. 153.

²⁸ Roger Chartier considera que White termina siendo “el paladín de un relativismo absoluto (y muy peligroso) que niega toda posibilidad de establecer un saber ‘científico’ sobre el pasado”. CHARTIER, 1994, p. 240.

²⁹ Citado en WHINDSCHUTTLE, 1997, p. 239. Para una cita más extensa véase p. 233. Véase también WHITE, 1975, pp. 1-42.

ficciones verbales (*verbal fictions*), cuyo contenido tiene más en común con sus contrapartes en la literatura que con aquellas en las ciencias.³⁰

Otras piezas de evidencia las aportan también algunos de los nuevos historiadores culturales que se ocupan de México. Por ejemplo, de acuerdo con Florencia Mallon los seguidores de esta corriente cuestionan “la legitimidad de todas las pretensiones de objetividad y de la separación del conocimiento respecto a las relaciones de poder”.³¹ San Miguel confirma esta idea con la frase ya mencionada de que “una ‘historia’ es un ‘artefacto literario’ cuyos contenidos son tanto encontrados como imaginados” (pp. 746-747). Hasta aquí el asunto me resulta medianamente claro: los historiadores económicos tienen pretensiones de objetividad que los nuevos historiadores culturales rechazan debido a la “línea inevitablemente borrosa” entre lo objetivo y lo subjetivo.³² Pero para mi sorpresa, más adelante en el texto encuentro que, según San Miguel, el subjetivismo es un rasgo que Haber atribuye indebidamente a la NHC con el propósito de descalificarla. Pedro San Miguel lo expresa así: “[...] la ‘objetividad’ desempeña un papel determinante. Por carecer de ella, *supuestamente* Haber menoscaba a la ‘nueva historia cultural’” (p. 774, cursivas mías). ¿Supuestamente? ¿Quiere decir que *en realidad* la NHC no carece de objetividad, es decir, la posee o al menos aspira a poseerla? Entiendo que existe una gran diversidad dentro de las corrientes posmodernas, y que el posmodernismo suele concebirse a sí mismo como una suerte de “*continuum* intelectual” rico en contrastes y matices,³³ pero tal proximidad

³⁰ Citado en CHARTIER, 1994, p. 240. Aunque situado en un plano epistemológico distinto, White evoca inevitablemente a Feyerabend en su rechazo al conocimiento científico de cualquier índole: “lo que resta son juicios estéticos, juicios de gusto, prejuicios metafísicos, deseos religiosos, en suma, lo que queda son nuestros deseos subjetivos”. FEYERABEND, 1975, p. 285.

³¹ MALLON, 1999, p. 333.

³² MALLON, 1999, p. 345.

³³ Entrevista con Jerzy Topolski, en DOMAŃSKA, 1998, p. 121.

con las vertientes objetivistas de la historiografía me deja boquiabierta.³⁴ Asumirse como un blanco móvil y difuso puede ser conveniente para aceptar con una mano lo que se niega con la otra, pero ciertamente no contribuye a propiciar el entendimiento o siquiera a clarificar los términos del debate.³⁵

MÉTODO Y FUENTES CUANTITATIVAS

No hay método universal. No hay estándares universales. Pero hay estándares históricamente contingentes implícitos en las prácticas exitosas. No es el caso que, en asuntos epistemológicos, todo se vale.

ALAN CHALMERS³⁶

San Miguel acusa a los historiadores cuantitativos de camuflarse tras los números para revestir sus explicaciones sobre el pasado con un ropaje de cientificidad que les confiera credibilidad. El llamado de atención sobre el “efecto de verdad” que producen las técnicas cuantitativas no es nuevo,³⁷ aunque no debemos olvidar que también la retórica elocuente y articulada ha sido acusada de producir ese efecto.³⁸ Los números poseen, es cierto, algunas ventajas de que carecen otros instrumentos a disposición del historiador: transmiten una idea más precisa del orden de magni-

³⁴ Acerca de la diversidad de enfoques y posturas epistemológicas dentro de la NHE véase LOMNITZ, 1999, pp. 367-371. Véase también KNIGHT, 2002, pp. 138-139, quien se refiere a la gran divergencia que existe acerca “de lo que la nueva historia cultural es, de lo que hace, y de cómo lo hace”.

³⁵ La idea de que la nueva historia cultural se presenta como un blanco móvil se encuentra en KNIGHT, 2002, p. 139.

³⁶ CHALMERS, 1990, p. 6.

³⁷ CERTEAU, 1987, pp. 23-28.

³⁸ “[...] los expedientes retóricos jugaban un rol ambivalente en la historiografía antigua; por un lado reforzando la eficacia del discurso histórico, por otro amenazando su integridad moral.” MOMIGLIANO, 1992-1993, p. 11.

tud de los fenómenos y facilitan las comparaciones.³⁹ Pero San Miguel se mueve en terreno equivocado al pretender que en ello descansa la pretensión de objetividad de la historia económica. El problema no es si el lenguaje numérico es más persuasivo que la narrativa convencional, el problema es qué técnicas nos permiten mejor acceso a la comprensión del pasado; no la “apariencia discursiva”, sino la eficacia explicativa; no la forma sino el fondo. Porque, como bien dice Alan Knight, los números están muy bien, pero no todos los campos de la exploración histórica toleran la cuantificación. Además, ser convincente es una aspiración legítima para el historiador, pero su mayor reto consiste en ofrecer una explicación que supere (por la calidad de la evidencia, la consistencia lógica, la adecuación a la realidad) a las otras explicaciones disponibles. De hecho, no existe tal cosa como la caricatura que San Miguel hace pasar por historia cuantitativa, entendiéndola como una historia hecha de números y reducida a ellos: los historiadores económicos construyen una narrativa e incorporan en ella tanto cuadros y gráficas como argumentos, testimonios, etc., es decir, tanto elementos cuantitativos como cualitativos. Algunos construyen explicaciones eficaces y coherentes, otros no, pero eso es otro asunto.

Por otra parte, el autor arguye que la historia económica se distingue por hacer uso de información cuantitativa que circula “sin ningún tipo de mediación”, es decir, asumiendo “la transparencia de sus pruebas y evidencias” (p. 751). Es una acusación más bien gruesa, que no ofrece pruebas, ni reconoce matices ni se refiere a autores en particular, sino que parece aludir en masa a los “intelectuales cuantitativos” que representan “las principales tendencias de las investigaciones más recientes efectuadas en los Estados Unidos sobre la historia económica mexicana” (p. 751). De inmediato llama la atención que San Miguel no parezca darse cuenta de que uno de los dos autores que analiza en el artículo se haya ocupado de manera expresa y extensa de los instrumentos que utiliza la historia económica para evi-

³⁹ KNIGHT, 2002, p. 154.

tar el uso ingenuo y acrítico de la evidencia empírica. Stephen Haber se refiere, en efecto, a las prácticas de “recolectar y analizar sistemáticamente los datos”, “evaluar las hipótesis a la luz de la evidencia cuantitativa y cualitativa, teniendo cuidado de sesgar las comprobaciones ‘en contra’ de las hipótesis consideradas con el fin de asegurar que los resultados no sean afectados por un artificio estadístico”.⁴⁰ De hecho, según el mismo autor, gran parte de las controversias en el campo de la historia económica de Estados Unidos ha girado precisamente en torno a “la calidad de la evidencia, la aplicación apropiada de métodos y la consistencia lógica de los modelos”.⁴¹ En otro trabajo, Haber precisa que los historiadores como científicos sociales

[...] son conscientes de que los conjuntos de datos pueden estar sesgados de varias formas. Es por esta razón que la historia-ciencia social como disciplina ha creado un conjunto de estándares de evidencia, métodos y argumentación bien definidos, designados precisamente para minimizar estas fuentes potenciales de distorsión.

Y tras mencionar algunos de estos estándares, el autor concluye: “En suma, la epistemología a la que se adhieren los historiadores como científicos sociales contiene mecanismos que de manera sistemática constriñen la influencia de las creencias subjetivas sobre las conclusiones sustantivas”.⁴²

De manera que lo primero que cabría responder a la acusación de San Miguel es que la “distinción” de asumir la transparencia de las pruebas sin ningún tipo de mediación no es característica de todos los historiadores económicos, ni privativa de esta especialidad. Es, antes bien, un rasgo que separa a los investigadores indolentes de los his-

⁴⁰ HABER, 1997, p. 2. Es curioso que San Miguel utilice precisamente este pasaje en otra parte de su artículo sin conectarlo en absoluto con el problema del método de investigación al que se refiere de manera central (véase SAN MIGUEL, pp. 766-767).

⁴¹ HABER, 1997, p. 4.

⁴² HABER, 2001, pp. 15-16.

toridores calificados y acuciosos, sea que utilicen números o evidencia cualitativa para estudiar el pasado. A lo que el autor alude aquí sin mencionarlo es a un ejercicio común al oficio del historiador: la crítica de fuentes, procedimiento metodológico que precisamente rechaza la transparencia de los documentos primarios y, mediante técnicas diversas como la contrastación y el análisis crítico, evita que se cuelen al cuerpo de evidencias "sin mediación".⁴³ En el fondo, lo que se pone en duda es, de nuevo, la posibilidad de que haya técnicas e instrumentos que permitan manejar la información primaria de una manera rigurosa, de que existan métodos que contribuyan en forma eficaz a la conformación de un cuerpo de evidencias razonablemente objetivo y confiable.

CRECIMIENTO, ATRASO Y DEPENDENCIA

Junto a las cuestiones epistemológicas, San Miguel se adentra en algunos temas sustanciales que aborda la historia económica, principalmente en dos: el problema del crecimiento y el atraso económico y la crítica a la teoría de la dependencia. Veamos brevemente cada uno de ellos.

San Miguel dedica casi quince páginas a exponer la interpretación de John Coatsworth acerca de "los orígenes del atraso" económico de México (pp. 751-765). Presta gran atención a su periodización, a los factores que contribuyeron a configurar esa situación y a los que ayudaron a superarla parcialmente en algunos periodos. Apunta con insistencia el papel determinante que Coatsworth atribuye a las reformas borbónicas, al papel del Estado y de las instituciones y a otros obstáculos a la modernización. Es difícil reconocer el propósito de tan detallado resumen que se

⁴³ "Como otros practicantes científicos, los historiadores estudian su materia por medio de una metodología disciplinada. Ello implica adoptar prácticas y estándares que son comúnmente reconocidos a lo largo de la disciplina, especialmente en el manejo de la evidencia que va a constituir sus explicaciones." WINDSCHUTTLE, 1997, p. 218.

presenta prácticamente sin crítica, salvo por el uso frecuente de comillas (“brecha”, “obstáculos”, “atraso”, “subdesarrollo”) cuyo significado podría ir desde la paráfrasis hasta el sarcasmo.

La crítica aparece sólo cuando San Miguel devela los referentes “explícitos o implícitos” (p. 761) de la trama construida por Coatsworth, constituidos por el “reino de los países desarrollados” (p. 761) y, más específicamente, por Estados Unidos, que fungiría “como un espejo en el que México debe mirarse para auscultar su rostro deforme” (p. 762). Por una parte, San Miguel exagera el papel que la NHE atribuye a Estados Unidos como modelo de la modernización económica. En el caso de Coatsworth, por lo general se alude a los países del Atlántico norte, y no exclusivamente a Estados Unidos. Cuando se trata de establecer comparaciones entre ámbitos de desarrollo económico, Coatsworth coloca de un lado a México y del otro a Estados Unidos y Europa occidental (y con frecuencia sólo a esta última);⁴⁴ cuando se compara la renta o ingreso de distintas economías a lo largo del tiempo, la experiencia de México se contrasta con la de Brasil, Gran Bretaña y Estados Unidos.⁴⁵ De manera que la obsesión por Estados Unidos está mucho más presente en el artículo de San Miguel que en los ensayos de Coatsworth.⁴⁶ Pero además, San Miguel exagera severamente los atributos que supuestamente le imputan a ese país los historiadores económicos, al traducir el concepto de economías avanzadas o desarrolladas como “sociedades más ‘evolucionadas’”, que luego, siempre según San Miguel, resultan ser “superiores” a las otras (p. 753). Coatsworth, como otros historiadores económicos, se refiere a estos países como casos exitosos de desarrollo económico

⁴⁴ COATSWORTH, 1990, pp. 22, 27, 31, 32 y 33.

⁴⁵ COATSWORTH, 1990, p. 83.

⁴⁶ Las palabras “Estados Unidos”, “estadounidense” y “norteamericano” se mencionan 65 veces en “La representación del atraso”, y no sólo para abordar el tema de la historiografía sobre México que concierne al artículo, sino también acerca de cuestiones como su identidad, sus tradiciones intelectuales y su relación con los esquemas de poder prevalentes, su papel de supuesto paradigma del desarrollo, entre otros.

cuya trayectoria vale la pena rastrear, pero de ninguna manera porque se considere, como pretende San Miguel, que su evolución histórica sea "ontológicamente superior a la latinoamericana", o que de los indicadores económicos se derive una "superioridad ontológica y ética" (pp. 753 y 779).

En esta equiparación abusiva de conceptos tan distintos (por ejemplo, "economía avanzada" se traduce por "evolución histórica ontológicamente superior") se evidencia el desconocimiento de la jerga propia de la disciplina que Pedro San Miguel se ha propuesto analizar. En economía, como en cualquier otro campo disciplinario, los conceptos poseen un significado preciso, y es ocioso criticarlos por lo que no significan dentro de ese contexto. Así sucede con las nociones de crecimiento económico, atraso, desarrollo y otras que San Miguel extrapola para luego descalificarlas. En economía, el crecimiento económico se define simplemente como el aumento de la renta *per capita*. El atraso es, según una definición estándar, "un concepto relativo que implica un crecimiento lento del producto real por habitante y un cambio estructural limitado en comparación con otras economías".⁴⁷ La comparación no requiere un modelo paradigmático, de manera que, en algunos momentos de su historia, México ha sido un país atrasado respecto a Argentina o Brasil, y en otros puede haber "convergiado" con ellos o haberlos dejado atrás, apareciendo entonces como económicamente más avanzado.

Por cierto, cuando en 1952 Alexander Gerschenkron introdujo el concepto de atraso al análisis histórico de las economías, su intención fue elaborar una tipología de los patrones de industrialización en Europa.⁴⁸ En esta tipología, la Alemania del siglo XIX aparece como un país relativamente atrasado respecto a Gran Bretaña, y Rusia

⁴⁷ PRADOS DE LA ESCOSURA, 1988, p. 24.

⁴⁸ El ensayo clásico sobre el tema es "El atraso económico en su perspectiva histórica", y se incluye en un libro con el mismo título publicado en inglés en 1962 (para la versión en español véase GERSCHENKRON, 1970). Es McCloskey quien nos informa que su publicación original tuvo lugar en 1952. McCLOSKEY, 1993, p. 77. Sobre la significación de este concepto véanse también pp. 71-72.

como más atrasada que Alemania, de manera que, en relación con Gran Bretaña, exhibe un grado severo de atraso. ¿Superioridad ontológica y ética del país más adelantado? No; más bien, una condición de la economía que puede modificarse en el tiempo: ahora Gran Bretaña resulta ser un país atrasado si se le compara con Alemania. Nótese, por lo demás, que en esta tipología el concepto de atraso se aplica solamente a países que en la actualidad son industrialmente avanzados, y que Estados Unidos, el actor omnipresente al contrastar crecimiento y atraso según el argumento de San Miguel, apenas merece una mención.

Como se apuntó antes, San Miguel se interesa por un segundo representante de la historiografía económica de Estados Unidos: Stephen Haber. Lo presenta como un seguidor de Coatsworth que habría "robustecido las propuestas conceptuales" y "formalizado" las interpretaciones de este autor (p. 764). Esto es, para decir lo menos, inexacto. Es verdad que, siendo más joven, Haber empezó a publicar sus trabajos sobre México después que Coatsworth, y que en ellos cita, entre otras fuentes, la obra de este autor sobre México. Pero Haber nunca coqueteó con la teoría de la dependencia; su postura teórica, claramente enraizada en la economía del crecimiento, ha sido consistentemente opuesta a la tradición dependentista. Además, el interés original de las investigaciones de Haber no eran tanto las causas del atraso económico en general, sino de manera más precisa, los obstáculos a la industrialización.⁴⁹ Por otra parte, a diferencia de Coatsworth, Haber ha seguido publicando en forma abundante acerca de la historia económica de México, y al mismo tiempo que se ha ampliado su campo de exploración, sus interpretaciones se han enriquecido con la incorporación de aportes provenientes de la ciencia política, la Nueva Economía Institucional y la teoría económica. Por lo demás, si es poco probable que el interés de Haber por las instituciones se haya originado en la obra de Coatsworth, es realmente un exceso asociar la exhortación de este último a investigar "la historia legal e institucional"

⁴⁹ Véase HABER, 1989 y 1992.

con el surgimiento del Nuevo Institucionalismo o Nueva Economía Institucional (p. 765).⁵⁰ El propio Coatsworth reconoce como fuente de sus reflexiones sobre el tema a la obra pionera de Douglass North, y es el mismo North, con otros autores “neo-institucionalistas”, quien inspira el trabajo de Haber en este campo.⁵¹

A diferencia del examen minucioso que San Miguel hace de las tesis de Coatsworth, el análisis de la obra de Haber es tangencial, superficial y básicamente concentrado en un pequeñísimo aspecto de su contribución: la crítica a la teoría de la dependencia. Lamentablemente, el cuestionamiento de San Miguel en este terreno es poco coherente y está completamente descaminado. El autor empieza por asentar que, en la concepción de Haber, “la ciencia, encarnada por la N[ew] E[conomic] H[istory], se contrapone de forma categórica a la ideología, emblematizada por los dependentistas” (p. 768). Pero en lugar de desarrollar este argumento, San Miguel se desvía para hacer notar que en Estados Unidos también ha habido intelectuales que sostuvieron ideas cercanas a las de la dependencia y que de hecho contribuyeron a su propagación, para luego señalar la necesidad de entender las condiciones en que surgió la teoría de la dependencia. En un giro inesperado, San Miguel concluye criticando a su vez a la tradición dependentista, por no escapar a la “metanarrativa de la modernización” y no considerar “los aspectos culturales del ‘desarrollo’ o las consecuencias ecológicas de la industrialización” (pp. 769-770). El curso de la argumentación es extraño porque no

⁵⁰ La verdad es que en el artículo que nos ocupa reina la confusión en lo que se refiere a este tema. El Nuevo Institucionalismo no se asimila ni a la Nueva Historia Económica ni a la economía neoclásica, como supone San Miguel. En parte surge, antes bien, de la insatisfacción ante las carencias de ambas. Por un lado, intenta proporcionar un marco analítico que aumente la capacidad explicativa de la historia económica; por el otro, busca cubrir “las lagunas del [...] modelo neoclásico”. NORTH, 1984, p. 21. Sobre la contribución del Nuevo Institucionalismo a la historia económica véase también VAN YOUNG, 2003, p. 855.

⁵¹ Véase el conjunto de autores y obras que Haber cita en las notas 2 a 5 de HABER, 2000, pp. 1-3.

ataca la afirmación de Haber y porque, en todo caso, no se opone a ninguno de sus razonamientos sobre el tema. Se trata de una desviación un tanto inexplicable que ocupa el lugar de un tratamiento serio de las tesis sustanciales de Haber acerca de la historia económica de México, que sin duda merecen mayor atención.

El único punto en el que San Miguel confronta claramente la crítica de Stephen Haber al modelo dependentista es cuando la equipara a la que Haber dirige a la Nueva Historia Cultural. En palabras de San Miguel: "Al contraponer a la N[ew] E[conomic] H[istory] con la teoría de la dependencia y con la 'nueva historia cultural', Haber insiste en que estas últimas se caracterizan por su subjetivismo, fundado en ambos casos en fines políticos" (p. 776). Pero si bien es cierto que Haber destaca las motivaciones ideológicas y políticas de la teoría de la dependencia, es falso que "insista" o siquiera afirme que ésta se caracterice por su subjetivismo, a la manera en que lo hace la NHC. Esa palabra ni siquiera se menciona en las páginas de los textos referidos por San Miguel como fuentes de tal aserción, de modo que podría tomarse como un ejemplo de la combinación entre elementos "encontrados" e "imaginados" propios de esta manera de construir argumentos. Las críticas de Haber a la teoría de la dependencia son, en cambio, consistentes con su visión de la historia económica como parte de las ciencias sociales:

Había, desafortunadamente, tres problemas con el modelo de la dependencia. El primero es que empleaba razonamiento económico ad hoc. [...] El segundo [...] era que rechazaba la noción de que las ideas deben someterse a evaluación científica. En lugar de plantear hipótesis claramente especificadas y luego contrastarlas con la evidencia sistemáticamente recopilada, con demasiada frecuencia los dependentistas hacían dramáticas generalizaciones que no estaban respaldadas por la evidencia a la mano. [...] el problema era que los dependentistas, por razones políticas e ideológicas, estaban empeñados en probar que la teoría era correcta. Así, la tradición de la dependencia provocó el surgimiento de reglas laxas de evidencia y argumentación que permitieron una especificación

de hipótesis implícita e incompleta, el razonamiento tautológico y la presentación selectiva de los datos. [...] El tercer problema con el modelo de la dependencia es que sus tesis centrales eran en gran medida inconsistentes con los hechos empíricos. Cuando los estudiosos tomaron las ideas de la dependencia [...] encontraron que la teoría tenía escaso poder explicativo.⁵²

Tanto en las interpretaciones sobre las causas del atraso como en los debates sobre la dependencia los temas de fondo son el de la deseabilidad del crecimiento económico y el de las vías para alcanzarlo. Por cuanto el tema se aborda con mucha ambivalencia y poca claridad en “La representación del atraso”, vale la pena plantearlo con detenimiento. El crecimiento económico, como proceso sostenido en el tiempo, es un fenómeno que data de finales del siglo XVIII y cuya difusión en Occidente se inició durante el XIX. Se trata de uno de los grandes proyectos de la modernidad, que distingue radicalmente al mundo de hoy de cualquier etapa anterior en la historia humana. En los países que han experimentado periodos prolongados de crecimiento económico no sólo se ha incrementado notablemente la riqueza producida o la productividad del trabajo, sino que ha mejorado sustancialmente la calidad de vida de la mayoría de la población. Ello se ha hecho patente en la dramática reducción de la mortalidad infantil, la duplicación de la esperanza de vida (que en siglo y medio pasó de 35 a 70 años), la alfabetización y el aumento en los grados de escolaridad, entre muchos otros.⁵³ El crecimiento ha tenido también, por supuesto, efectos negativos, que van desde el despojo y desarraigo de individuos y comunidades hasta la sobreexplotación de los recursos naturales y el deterioro ambiental. Además, el crecimiento económico se ha producido en forma desigual y no ha garantizado un reparto equitativo de la riqueza generada. Pese a estas y otras limitaciones, las sociedades que han pasado por periodos prolon-

⁵² HABER, 1997, pp. 10-12.

⁵³ MADDISON, 1986, p. 15 y CAMERON, 1989, pp. 324-326.

gados de crecimiento económico ofrecen a sus miembros mejores condiciones de vida que las que no lo han hecho, por la sencilla razón de que el primer requisito, necesario, pero no suficiente, para escapar de la miseria es el incremento de la riqueza producida.

Con distintos matices y variantes, los historiadores económicos por lo general encuentran deseable el crecimiento económico.⁵⁴ No asumen la superioridad ética u ontológica de ningún país; comparan, en cambio, el desempeño de las economías para extraer regularidades significativas y reconocer los factores que históricamente lo han favorecido. No creo que alguien conciba al crecimiento como un camino de redención, o como una fórmula infalible para resolver todos los problemas sociales, pero hasta la fecha no se ha dado con una mejor manera de afrontar algunos de los más apremiantes. De hecho, como San Miguel advierte (p. 785), entre los estudiosos que consideran importante el crecimiento existe una gran variedad de posturas y propuestas acerca de la manera de procurarlo, del tipo de crecimiento deseable y de los límites que se debe imponer a la modernización económica.⁵⁵

En cambio, la postura de San Miguel frente al problema del crecimiento y el desarrollo, que oscila entre la ambiva-

⁵⁴ Entre ellos Donald McCloskey, historiador de economía a quien San Miguel gusta de citar por sus críticas a las imposturas de los economistas, quien se refiere a los datos sobre el aumento del producto nacional entre 1900-1997 en una muestra de 30 países (ricos y pobres) en los siguientes términos: "La historia principal es este sorprendente avance general. La triplicación o más de la renta por cabeza alivió mucha miseria y ha brindado oportunidades de una mejor vida a muchas personas que de otra manera hubieran permanecido en la miseria: piensen ustedes en sus bisabuelos". McCLOSKEY, 1993 pp. 50-51.

⁵⁵ Estas propuestas van desde la tradición marxista (para la cual el problema no es la producción de la riqueza, que es considerada fundamental, sino su apropiación en manos de unos cuantos) hasta las que buscan alternativas al paradigma dominante desde el tradicionalismo, el conservacionismo, el nacionalismo, la defensa del medio ambiente, y un largo etcétera. Buena muestra de la variedad de enfoques y propuestas puede encontrarse en AYRES, 1995. Para una postura interesante, que reivindica la importancia del crecimiento, pero rechaza la imposición del "modelo occidental", véase MARGLIN, 2003.

lencia y el franco rechazo, resulta más difícil de entender. En ocasiones parece repudiar la idea del desarrollo, como cuando reprocha a la tradición dependentista haber caído en la metanarrativa de la modernización. En otras, más bien parece anhelarlo, como cuando acusa a la historiografía económica de prescribir caminos para el desarrollo sin haberse interrogado acerca de la posibilidad de que éste se dé en escala mundial (p. 784). A este propósito, sería de desear que San Miguel fuera más claro al expresar los contenidos afirmativos que subyacen a su crítica feroz a las aspiraciones “salvíficas” y “redentoristas” del “ejercicio de poder” representado por el discurso sobre el crecimiento económico (p. 778). Podría aclarar, por ejemplo, cuál es la motivación de su cuestionamiento: ¿no considera que el bienestar material sea una aspiración legítima de las sociedades? ¿No comparte la convicción de que el crecimiento conduzca al mejoramiento social? ¿Piensa que éste se puede lograr de otra manera? ¿Cuál? Dejando a un lado la apelación emocional, ¿a qué se refiere exactamente cuando afirma que, en nombre del desarrollo, “grandes contingentes de las poblaciones tercermundistas son marginadas o destruidas por considerarse obsoletas” (p. 783)?

Desafortunadamente, no parece probable que San Miguel, como otros académicos de raigambre posmodernista, estén interesados en ofrecer respuestas concretas a estas y otras preguntas similares. Cualquier solución, cualquier estrategia de crecimiento, cualquier vía para salir del atraso, está indefectiblemente incorporada a uno de los metarrelatos de la modernidad y como tal es rechazada de antemano. Para ellos, todas constituyen un discurso de dominación, y en el fondo ni siquiera existen criterios objetivos que permitan preferir a una sobre otra. Ante el contraste entre las sonoras críticas que los nuevos historiadores culturales lanzan contra la historia económica (y, para lo que interesa, contra las formas convencionales de escribir historia), contra la ciencia y contra todas las formas de ejercicio del poder, y la escasez de propuestas alternativas, la vieja metáfora sobre el ruido y las nueces viene a la mente.

REFERENCIAS

- ALEXANDER, Jeffrey
 1992 "General Theory in the Postpositivist Mode: The 'Epistemological Dilemma' and the Search for Present Reason", en SEIDMAN y WAGNER, pp. 322-368.
- AYRES, Ron (comp.)
 1995 *Development Studies. An Introduction Through Selected Readings*. Kent, Reino Unido: Greenwich University Press.
- BROWN, Jonathan Charles
 1993 *Oil and Revolution in Mexico*. Berkeley, Cal.: University of California Press.
- CAMERON, Rondo
 1989 *A Concise Economic History of the World. From Paleolithic Times to the Present*. Nueva York: Oxford University Press.
- CERTEAU, Michel de
 1987 "La historia, ciencia y ficción", en *Historias*, 16 (ene-mar.), pp. 19-34.
 1993 *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- COATSWORTH, John H.
 1974 "Railroads, Agrarian Protest, and the Concentration of Landholding in the Early Porfiriato", en *The Hispanic American Historical Review*, 54, pp. 48-71.
 1976 *Crecimiento contra desarrollo. El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*. México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 271 y 272».
 1981 *Growth against Development. The Economic Impact of Railroads in Porfirian Mexico*. DeKalb, Ill.: Northern Illinois University Press.
 1984 *Crecimiento contra desarrollo. El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*. México: Era.
 1990 *Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*. México: Alianza Editorial Mexicana.
- CHALMERS, Alan
 1990 *Science and its Fabrication*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- CHARTIER, Roger
1994 "Cuatro preguntas a Hayden White", en *Historia y Grafía*, 3, pp. 231-246.
- D'AMICO, Robert
1992 "Defending Social Science against the Postmodern Doubt", en SEIDMAN y WAGNER, pp. 137-155.
- DOMAŃSKA, Ewa
1998 *Encounters. Philosophy of History after Postmodernism*. Charlottesville y Londres: University Press of Virginia.
- DRAY, D. H.
1992-1993 "Hayden White y la interpretación del pasado", en *Historias*, 29 (oct.-mar.), pp. 12-17.
- FEYERABEND, P. K.
1975 *Against Method*. Londres: New Left Books.
- GEI HENKRON, Alexander
1970 *Atraso económico e industrialización*. Barcelona: Ariel.
- HABER, Stephen H.
1989 *Industry and Underdevelopment. The Industrialization of Mexico, 1890-1940*. Stanford, Cal.: Stanford University Press.
1992 "Assessing the Obstacles to Industrialization: The Mexican Economy, 1830-1940", en *Journal of Latin American Studies*, 24, pp. 1-33.
1997 *How Latin America Fell behind: Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*. Stanford, Cal.: Stanford University Press.
1999 "Anything Goes: Mexico's 'New' Cultural History", en *The Hispanic American Historical Review*, 79:2 (mayo), pp. 309-330.
2000 "Introduction: Institutional Change, Economic Growth, and Economic History", en HABER (coord.), pp. 1-20.
2001 "Todo se vale: La 'nueva' historia cultural de México", en *Política y Cultura*, 16 (otoño), pp. 9-34.
- HABER, Stephen (coord.)
2000 *Political Institutions and Economic Growth in Latin America. Essays in Policy, History, and Political Economy*. Stanford, California: Hoover Institution Press-Stanford University.

- HABER, Stephen H., Noel MAURERY y Armando RAZO
 2003 *The Politics of Property Rights: Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929*. Nueva York: Cambridge University Press.
- HOBBSAWM, Eric
 1998 "Postmodernismo en la selva", en HOBBSAWM, pp. 196-204.
- HOBBSAWM, Eric
 1998 *Sobre la historia*. Barcelona: Critica-Grijalbo-Mondadori.
- JOSEPH, Gilbert M. y Jeffery T. BRANNON (COORDS.)
 1991 *Land, Labor, and Capital in Modern Yucatan. Essays in Regional History and Political Economy*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- JOSEPH, Gilbert M. y Daniel NUGENT (COORDS.)
 1994 *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham, N. C.: Duke University Press.
- JOSEPH, Gilbert M. y Allen WELLS
 1996 *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval. Elite Politics and Rural Insurgency in Yucatán, 1876-1915*. Stanford: Stanford University Press.
- KLEIN, Herbert S. y John Jay TePASKE
 1982 *The Royal Treasuries of the Spanish Empire in America*. Durham, N. C.: Duke University Press.
- KNIGHT, Alan
 2002 "Subalterns, Signifiers, and Statistics: Perspectives on Mexican Historiography", en *Latin American Research Review*, 37:2, pp. 136-158.
- KUNTZ FICKER, Sandra
 1995 *Empresa extranjera y mercado interno. El Ferrocarril Central Mexicano, 1880-1907*. México: El Colegio de México.
- KUNTZ FICKER, Sandra y Priscilla CONNOLLY (COORDS.)
 1999 *Antologías de historia económica de México: Ferrocarriles y obras públicas*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-El Colegio de Michoacán-Universidad Nacional Autónoma de México.

LOMNITZ, Claudio

- 1999 "Barbarians at the Gate? A Few Remarks on the Politics of the 'New Cultural History of Mexico'", en *The Hispanic American Historical Review*, 79:2, pp. 367-383.

MADDISON, Angus

- 1986 *Las fases del desarrollo capitalista. Una historia económica cuantitativa*. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.

MALLON, Florencia E.

- 1999 "Time on the Wheel: Cycles of Revisionism and the 'New Cultural History'", en *The Hispanic American Historical Review*, 79:2, pp. 331-351.

MARGLIN, Stephen A.

- 2003 "Development as Poison. Rethinking the Western Model of Modernity", en *Harvard International Review*, xxv:1 (primavera), pp. 70-75.

MARICHAL, Carlos (coord.)

- 1995 *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada*. México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas.

McCLOSKEY, Donald

- 1993 *Si eres tan listo. La narrativa de los expertos en economía*. Madrid: Alianza Editorial.

MOMIGLIANO, Arnaldo

- 1992-1993 "La retórica de la historia y la historia de la retórica: acerca de los tropos de Hayden White", en *Historias*, 29 (oct.-mar.), pp. 3-11.

NORTH, Douglass C.

- 1984 *Estructura y cambio en la historia económica*. Madrid: Alianza Editorial.

POTASH, Robert

- 1983 *Mexican Government and Industrial Development in the Early Republic. The Banco de Avio*. Amherst, Mass.: The University of Massachusetts Press.

PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro

- 1988 *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*. Madrid: Alianza Editorial.

RICOEUR, Paul

- 1995 "La realidad del pasado histórico", en *Historia y Gráfica*, 4, pp. 183-210.

RIGUZZI, Paolo

- 1995 "Inversión extranjera e interés nacional en los ferrocarriles mexicanos, 1880-1914", en MARICHAL (coord.), pp. 159-177.

SALVUCCI, Richard

- 1991 "The Origins and Progress of U.S.-Mexican Trade, 1825-1884: 'Hoc opus, hie labor est'", en *The Hispanic American Historical Review*, 71:4, pp. 697-736.
- 1992 *Textiles y capitalismo en México. Una historia económica de los obrajes, 1539-1840*. México: Alianza Editorial Mexicana.

SARAGOZA, Alex M.

- 1988 *The Monterrey Elite and the Mexican State, 1880-1940*. Austin: University of Texas Press.

SEIDMAN, Steven y David G. WAGNER (COORDS.)

- 1992 *Postmodernism and Social Theory. The Debate over General Theory*. Cambridge, Mass. y Oxford: Blackwell.

VAN YOUNG, Eric

- 1981 *Hacienda and Market in Eighteenth-Century Mexico. The Rural Economy of the Guadalajara Region, 1675-1820*. Berkeley, Los Ángeles, Londres: University of California Press.
- 2003 "La pareja desapareja: breves comentarios acerca de la relación entre historia económica y cultural", en *Historia Mexicana*, LII:3 (207) (ene.-mar.), pp. 831-870.

VERGARA, Luis

- 2000 "Ética, historia y postmodernidad", en *Historia y Gráfica*, 15, pp. 49-96.

WALKER, David W.

- 1986 *Kinship, Business, and Politics. The Martinez del Rio Family in Mexico, 1824-1867*. Austin, Texas: The University of Texas Press.

WHITE, Hayden

- 1975 *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.

WINDSCHUTTLE, Keith

1997. *The Killing of History. How Literary Critics and Social Theorists are Murdering our Past.* Nueva York: The Free Press.